

mal alguno, como podía fácilmente, y se contentaría con no hacerles bien ni protegerles¹.»

Tales eran los amigos de confianza de D. Nicolás, de los cuales se rodeó al separarse de la compañía de su hermano José. Este, á lo que se dice, previó muy de antemano la desgracia de Nicolás, y aun se la predijo. En vista de tantas prodigalidades y de tantas deudas, se pensó corregir este desorden, continúa el Padre Luengo, y «ponerle en alguna economía, dándole lo bastante para que pudiese pasarlo con decencia, y reservando lo demás de su renta para ir pagando á sus acreedores. Se inquietó mucho el Sr. D. Nicolás con esta justa y necesaria providencia, siendo tan grande su desgobierno. Protestó con toda resolución contra ella: y no parando en solas palabras, escribió á este comisario real, D. Luis Gnecco, al ministro en Roma, D. Nicolás Azara, y acaso también al ministro, D. José Moñino, con entereza, con libertad y desahogo, y quizá con alguna desvergüenza.....»

«Aun el Papa, dicen algunos, que ha tenido por su parte justo motivo de concurrir á la prision y reclusion en una fortaleza del Sr. D. Nicolás. La cosa con que puede haber ofendido á Su Santidad este jóven Pignatelli, es un proyecto tan temerario, que es propiamente un delirio y una locura; y solo se puede hacer algo creíble por su desgracia de haber tenido á su lado en su amistad y confianza otro jóven español, de mucho menos juicio y cabeza que él mismo.»

Era este el Joaquin Palomo, de quien acabamos de hablar. El proyecto á que se refiere, era que estando el Papa en tratos con el Emperador para comprarle un pequeño estado que tenía este cerca de Ferrara, llamado *la Mésola*, se dejaron ver en el gabinete de Viena (á lo que se decía) cartas de este Nicolás Pignatelli, como de hombre que pretendía comprar aquel estado: y de aquí se siguió que se le hiciese al Papa mal tercio, ó porque se le levantó algo el precio del estado, ó porque se le retardó la conclusion del negocio.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 324.

No da crédito el autor del Diario á esta voz que en público corría; pues el precio del estado era de ochocientos ó novecientos mil escudos, y la renta de D. Nicolás no pasaba de veinte ó treinta mil reales: y el solo intentar esta compra fuera un verdadero delirio y frenesí: «y en tal caso,» dice, «él y su consejero y asesor, Joaquin Palomo, debían de ser encerrados no en una fortaleza ó castillo, sino en una casa de locos.»

Y continúa: «Lo peor en esta desgracia del Sr. D. Nicolás es, que siendo su único ó principal delito, y la causa de su arresto y prision el haber escrito con poca atención y respeto al ministro de Roma, y acaso también al de Madrid, se puede temer mucho que su reclusion en el castillo dure por mucho tiempo. Porque así como es cierto que no se tardaría mucho en perdonarle esta falta, si él se les humillare y pidiere perdon y excusa; así lo es también que sin esta diligencia no se la perdonarán tan presto. Y se puede temer mucho que segun el genio y humor de D. Nicolás, tarde mucho en resolverse á humillarse á Azara y á Moñino, y á pedir perdon de lo pasado.»

Cuán bien fundadas fuesen estas reflexiones del P. Luengo, lo dirán los sucesos, como más adelante se verá. Que en esta causa de D. Nicolás hubiese (á lo menos en apariencia) algo más que las cartas poco respetuosas al comisario y á los ministros, parece inferirse de haberse impuesto la misma pena que á él á su amigo Palomo, á quien por lo menos debió de tenerse por cómplice, si ya no por compañero ó consejero, en la falta de que se acusó, ó que se le castigó, á D. Nicolás.

Pues añade el P. Luengo: «Cuando fue llevado al fuerte Urbano el Sr. D. Nicolás Pignatelli, vino al mismo tiempo orden de llevar á la ciudadela de Ferrara al jóven D. Joaquin Palomo, su amigo, confidente y consejero; pero estando el dicho Palomo en camino para Roma, no se pudo ejecutar aquí la prision, y se ha ejecutado ahora en aquella ciudad, y ha sido encerrado en el castillo de San Ángel. De esto se infiere que son los mismos los delitos de los dos, y que todo el pecado de Palomo ha sido haber ayudado á D. Nicolás Pignatelli en sus empre-

sas de resistirse á las providencias que se daban para moderar sus gastos, y de querer comprar al Emperador el estado de Mésola. Y en estas cosas no puede este jóven haber tenido más culpa, que el haber fomentado estas ideas en D. Nicolás y haberle servido en las negociaciones que ha practicado para su ejecucion¹.

Todo esto sucedía en el mes de Agosto. Á principios de Setiembre de 1786 pasó por Bolonia el Sr. Las Casas, que iba de embajador á Venecia²: el cual no solamente trató franca y cordialmente con gran número de españoles que fueron á visitarle, sino que él en persona fue á visitar al P. José Pignatelli, tratándole con grande consideracion. Un mes ántes había pasado el Sr. Llanos, que fue ministro en Parma, é iba ahora de embajador á Viena, y no se mostró nada esquivo con los jesuitas. De lo cual sacaba el P. Luengo, que en Madrid se iba remitiendo el odio á los jesuitas, y que Moñino estaba apaciguado, pues tan diferentes disposiciones manifestaban para con los expulsos estos altos funcionarios de España.

En algun mayor desahogo vivían, pues, los expatriados en Bolonia, mayormente desde que á mediados de 1785 se publicó un libro con el título de «Segunda Memoria Católica,» en que se descubría la sustancia del proceso de Pombal, y abrió á muchos hombres de buena fe los ojos para conocer las verdaderas causas de la extincion de la Compañía, con lo cual empezaron á compadecer como á víctimas inocentes á los que habían con-

¹ *Diario*, Tomo 19, pág. 322. Día 23 de Agosto de 1785.

² La ida de Las Casas á Venecia era para ocupar el vacío dejado en aquella embajada por el célebre Marqués de Esquilache, muerto en 13 de Setiembre del año anterior de 1785. De este dice el P. LUENGO, que solicitó y consiguió aquel empleo, á lo que él opina, persuadido de «que estando en el oficio de embajador, lograría más fácilmente conducto y ocasion para desengañar al Rey, é informarle de los verdaderos autores del tumulto, que le separaron de su lado. Para el mismo fin,» añade, «creo que solicitó que su hijo, que es ya cardenal, fuese por Nuncio del Papa á la corte de Madrid. (*Diario*, Tomo 19, mes de Octubre.)

siderado como perturbadores del orden público y trastornadores de la paz de las monarquías.

Fue el autor del libro un ex-jesuita catalan, por nombre Andrés Febrés, aplicado á la Provincia de Chile, en donde se hallaba al tiempo de la expulsion. Es increíble la actividad con que trabajó Azara para venir en conocimiento de aquel jesuita, el cual se vio obligado á andar fugitivo y oculto, sin que jamás pudiera ser habido. Pero el ministro, ya que no logró dar con el que á su juicio era un reo, obtuvo al menos que fuese condenado el libro por el gobernador de Roma, Monseñor Busa, y que se fulminara sentencia de muerte contra su autor, y otras gravísimas penas contra sus cooperadores.¹

Si es cierto que el P. José no aprobó la primera Memoria Católica del P. Borgo, como se insinúa en los procesos², mucho más es de creer que reprobaría esta segunda; no porque no fuese demasiado verdad lo que se contenía en ella; sino por carecer de oportunidad estas públicas defensas de la Compañía, que para todo hombre de recto juicio y sano corazón eran innecesarias, para los voluntariamente ciegos, inútiles, y para la causa de la Compañía, más bien perjudiciales que provechosas.

Esta rectitud en su modo de ver las cosas, unida al amor verdaderamente filial que profesaba á su abatida madre, le hacían amable y simpático á cuantos le trataban, como se ha visto en las personas de distincion que estuvieron de paso en Bolonia: y en este mismo año de 1787 sucedió otro caso parecido con don Francisco de Acedo y Torres, auditor de la Rota, que se dirigía, á España, y fue á visitar por sí mismo á los tres jesuitas más distinguidos de Bolonia, que eran los PP. José Pignatelli, Idiáquez y López³.

Algo, y aun mucho, le traía afligido al P. José la conducta

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 22, pág. 634.

² «Si no me engaño,» dice el P. PEDRO ROSSINI, «me parece que él fue uno de los que desaprobaban el opúsculo del P. BORGO, titulado «La Memoria Católica.» (*Process. Rom.*, fol. 799).

³ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 21, pág. 494.

de Nicolás, en cuyo ánimo así como ántes no habían hecho impresion las súplicas y exhortaciones del P. José, así tampoco hizo mella en él la humillante reclusion en una fortaleza, como dice el P. Luengo por estas palabras. «En el castillo ó fuerte Urbano prosigue el Sr. Don Nicolás Pignatelli; y al parecer tan de asiento, que nada se habla de él, y mucho menos de que pueda salir presto de su reclusion. Es verdad que cada vez es más cierto y seguro que no está allí encerrado por las cosas que dieron motivo á su prision, sino precisamente porque él no quiere humillarse, y sujetarse á algun modo de vida y de gobierno, que se juzga necesario para que en lo venidero no vuelvan á suceder las mismas cosas que fueron la causa de ser preso y encerrado en aquel castillo. Así que su detencion en él más es providencia y precaucion, que castigo ó pena por sus delitos¹.»

Sentía el P. José la tenacidad de su hermano y la triste situacion á que su conducta menos arreglada le había conducido. Él á pesar de esto continuaba dando pábulo á su celo en bien espiritual de sus prójimos y fomentando el estudio entre sus compañeros. De ello da testimonio Luis Pancaldi², quien confiesa haberlo oído decir á un boloñés testigo ocular. «Vivia» dice, «en Bolonia [el P. Pignatelli] con decoro, juntando al buen ejemplo de los ex-jesuitas la grandeza y comodidades propias de su familia, ocupándose no solamente en obras apostólicas, sino tambien en las ciencias en union con otros jesuitas de su Provincia, y fomentando academias particulares para promover el estudio de las ciencias modernas.»

Añádese en el proceso de Bolonia que «fue un eclesiástico respetable,» «que era hombre muy caritativo y que socorría á sus compañeros» esto es, «á sus hermanos los jesuitas.» Y testifica Luis Rezzi en el proceso romano³, «que siempre gozó de grande opinion de hombre prudente y de consejo.»

¹ *Diario*, Tomo 21, pág. 505. Día 16 Octubre 1787.

² *Process. Rom.*, fol. 843.

³ Fol. 1176.

Así, pues, el estado humillante de Nicolás no impedía que el P. José fuese estimado y querido de los boloñeses, y mucho menos enfrió la amistad con que le honraba el Emmo. Archetti, como lo manifestó el legado en la ocasion que voy á referir¹. Solían adjudicarse premios públicos en la ciudad de Bolonia á las obras de arquitectura, de escultura y de pintura, que á juicio de una comision examinadora eran de mérito superior. Dábase principio á la solemnidad del acto con un discurso acerca de la excelencia y utilidad de las artes liberales; discurso, que por oficio debía escribir y pronunciar uno de los senadores. El encargo era honroso, y por lo mismo ambicionado de muchos; pero era arriesgado á la par, como que de su desempeño dependía la reputacion de quien tenía que ser blanco de la censura de un escogido público, de las autoridades de Bolonia, de los senadores y del cardenal legado, que intervenían con solemne pompa.

Sucedió, pues, que pocos días ántes de la funcion se originó entre los concurrentes una contienda que no se pudo apaciguar: y no hallando el cardenal otro arbitrio, cortó el nudo diciéndoles á todos que corría de su cuenta el discurso de apertura. Llama en seguida al P. José Pignatelli, cuéntale lo ocurrido, manifiéstale el compromiso en que se halla, y le suplica que se encargue de aquel discurso, pues tenía la seguridad de que siendo él el orador, uno y otro quedarían airosos.

Alegó el Siervo de Dios cuantas excusas se le ocurrieron para desviar aquella honra; pero ninguna le admitió el cardenal, y tuvo que callar y someterse. Solos tres días tuvo de tiempo, y

¹ El P. BOERO dice que pasó este caso con el cardenal legado Archinto (Lib. III, §. 1). El P. MONZON (Lib. I. Cap. X) escribe haber sucedido con Archetti; y esto parece ser más exacto. Pues, segun se lee en el *Diario* del P. LUENGO, los legados que por este tiempo gobernaron en Bolonia, fueron los cardenales Branciforte (hasta Octubre de 1776); Ignacio Buoncompagni (hasta Julio de 1785); Andrés Archetti (hasta Octubre de 1795) y Antonio Vicenti Mareri. De lo cual se deduce que durante el tiempo que residió el P. Pignatelli en Bolonia, no pudo ser legado en ella el cardenal Archinto, como consta de cierto que lo fue Archetti.

escribió un discurso tan galano, tan elocuente y tan lleno de erudición sobre las tres artes liberales, que al pronunciarlo arrancó aplausos estrepitosos, y por mucho tiempo no se habló de otra cosa en Bolonia.

Acercábanse entretanto para los jesuitas, mayormente los españoles, días de halagüeñas esperanzas y de amarguísimos engaños. A 14 de Diciembre de 1788 falleció Carlos III, llevando oculto en su ánimo el motivo de su conducta con la Compañía, es decir, su engaño. Cuáles fuesen los sentimientos de los jesuitas españoles desterrados en Bolonia, al saber la muerte de Carlos III, se verá por el siguiente pasaje del P. Luengo: «Entre nosotros,» dice, «si bien se ha excitado necesariamente alguna esperanza de mejor fortuna,..... casi generalmente han dominado los afectos de compasion, de ternura y de amor para con nuestro Rey y Monarca: y hablando con toda sinceridad, hago juicio que apenas se encontrará uno entre los quinientos jesuitas sacerdotes que están en Bolonia, que no le haya encomendado [de corazon á Dios¹] no solo en sus privadas oraciones, sino tambien diciendo una ó más misas por su alma, aun dejando de recibir el estipendio ordinario en las iglesias, con edificacion y con asombro de las gentes del país. Estos son aquellos hombres malvados, á quienes no pudo sufrir en su monarquía Carlos III.»

«Aunque se habló de hacerle unas honras públicas con decoro, y aun con magnificencia, para [que públicamente demostrásemos que aunque hemos sido tratados con tanto rigor en el tiempo de su reinado, no por esto había en nuestro corazon afecto alguno de rencor ó de venganza, y que conservábamos para con nuestro Rey y Señor el afecto, veneracion y lealtad de buenos y fieles vasallos; pero no prevaleció este proyecto, porque si queda dominante en Madrid el ministerio antiguo, se nos acusaría al instante de que presumimos formar comunidad to-

¹ Estas palabras se suplen por faltar en el original: cortóse algo la última línea al encuadernar el libro.

avía, y de que conservábamos el espíritu de cuerpo; y porque á pesar de la pureza y rectitud de nuestra intencion en la muestra de obsequio á nuestro Monarca, estando el mundo tan mal dispuesto para con nosotros, fácilmente se atribuiría por muchos á fines bajos y torcidos, y por lo menos á una afectacion de grandeza de ánimo y heroicidad, pretendiendo que se crea de nosotros que sabemos hacer bien á los que nos han hecho mucho mal¹.»

Tales eran los sentimientos de veneracion y piedad de estos religiosos vasallos con su Rey, de quien habían sido severísimamente castigados como reos de crímenes, que jamás habían soñado cometer. Y no sentían así de su monarca llevados del deseo de cumplir con él la ley evangélica de perdonar al enemigo y de volver bien por mal; sino porque estaban certísimos de que no era Carlos III el que tan furiosa tempestad había levantado contra la Compañía, sino los astutos y perversos ministros que le rodeaban, y lograron sorprender su buena fe.

Muchos y muy diversos son los juicios que acerca de este monarca se han emitido, sintiendo de él cada autor conforme las ideas políticas que le dominaban. No dudo en asegurar que la historia de su reinado es una de las épocas históricas de nuestra patria que está más envuelta en las sombras del misterio. Ofrecense en ella hechos abiertamente contradictorios, que no tienen satisfactoria explicacion, por ignorarse, de buena fe ó por afectacion, las verdaderas causas que en ellos influyeron.

Una de las más principales, y la menos conocida ó advertida, fue la causa de la Compañía de Jesús, en cuya destruccion se emplearon todas las fuerzas de nuestra patria, por aquel tiempo la nacion más poderosa del mundo; y en tal grado las agotó, que ha venido á parar en la más débil de las civilizadas.

El que con más verdad nos pinta á Carlos III, es, á mi juicio, el P. Manuel Luengo². Segun él fue príncipe sin vicio alguno

¹ *Diario*, Tomo 22, pág. 636.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 697 y siguientes.

personal: liberal¹ y generoso, recto, justo, benigno, compasivo y misericordioso aun con los reos y culpables de graves delitos. Era por genio cándido, sencillo é inocente; no estaba dotado de talento particularmente perspicaz, nada instruido y versado en los ardides y astucias de los políticos, imbuído en máximas venenosísimas por los que le rodeaban, y en especial por el maligno Tanucci; expuesto á persuadirse sin dificultad de que todos sus ministros eran buenos, fieles, celosos é incapaces de hacer la menor injusticia; distraído del gobierno por la malignidad de los mismos privados suyos en fomentarle tanto la inclinacion á la caza, que esta vino á ser su principal ocupacion².

Así en sustancia juzgan de este príncipe cuantos jesuitas hablan de él después que fueron desterrados de España. «Yo mismo,» dice el P. Luengo, «he oído más de una vez en el desierto al P. Isidro López, que conoce el corazón y carácter de Carlos III tan bien como cualquiera de los que han estado cerca de su persona, que si su confesor le hubiera dicho un día por la mañana: «Señor, los jesuitas son inocentes; y es malo y ofensa de Dios lo que se ha hecho con ellos,» no hubiera llegado la noche sin haber revocado la Pragmática sancion por la que fuimos desterrados.»

Con un rey de este carácter, sus ministros, favoritos y confidentes tuvieron un poder absoluto é ilimitado para hacer todo

¹ En el siglo pasado el adjetivo *liberal* conservaba todavía su antigua significacion, y con él se apellidaba al que tenía y practicaba la virtud de la liberalidad, «que consiste en distribuir uno generosamente sus bienes sin esperar recompensa.» (Academia, Dicc.) En nuestros días se emplea ordinariamente en sentido muy diverso.

² Desde niño fue inclinado á este ejercicio. «Esta afición,» dice DANVILA, «no era en el infante D. Carlos un mero pasatiempo..... Conociendo por experiencia que su familia era expuesta á caer en la melancolía, y temiendo sus malas resultas, procuró siempre evitarlas con los ejercicios cinegéticos con gran cuidado..... «Yo le oí decir en el Pardo,» añade FERNAN NÚÑEZ, «estando sirviéndole en la mesa: «Si muchos supieran lo poco que me divierte á veces en la caza, me compadecerían más de lo que pueden envidiar esta inocente diversion. (Reinado de Carlos III, Tomo I, Cap. II).

lo que les plugo. Y estos fueron la causa de que un reinado, que con ministros fieles y de mediano talento hubiera podido ser muy glorioso, no fue sino muy fatal para España. Tres cosas lo acompañaron desde el primer día hasta el último, y son: el ensalzamiento de gente baja, excesivas prodigalidades y continuas traiciones.

En cuanto al primer punto, ántes tenía la grandeza española tres ó cuatro embajadas, y estaban en sus manos las presidencias de los Consejos de Órdenes y de Indias y del cuerpo de carabineros reales; y á la muerte de Carlos III ninguna de estas tres cosas tenían, y de las embajadas sola la de París. Ántes solían proveerse en personas de la alta nobleza el obispado de Cuenca, los arzobispados de Sevilla y de Toledo, y el Patriarcado de las Indias; y durante este reinado dejaron de proveerse en la nobleza todas estas dignidades. Lo mismo sucedió con los siete colegios mayores¹ de España y con el cuerpo de abogados.

En cuanto á prodigalidades, calcula el P. Luengo que por término medio entraban en el erario de Carlos III anualmente de quince á veinte millones de duros más que en el reinado anterior de Fernando VI: y comparando la menor cantidad de dinero efectivo que quedó en el erario á la muerte de D. Carlos, y el aumento en las deudas, ascendería á la inmensa suma de ciento y cincuenta millones de duros lo que se disipó con tan exorbitante y monstruoso derramamiento. Y es preciso confesar que sumas tan fabulosas en su mayor parte se invirtieron en pensionar á los que trabajaban contra la Compañía y en atraer á los que deseaban favorecerla.

Añádase á todo esto el importe de las pensiones de los desterrados; para los cuales, siendo en tan grande número y viviendo en país extraño, era forzoso que saliese de España para Italia un «río de oro,» como decían los mismos desterrados. Ya

¹ Así se llamaban los colegios de jóvenes seculares, de familias distinguidas, que vivían en cierta clausura, sujetos á un rector colegial que ellos nombraban, por lo comun cada año.

en los años anteriores se había pensado llamarlos á la patria con el fin de ahorrar tan crecidos caudales. Uno de los que más se oponía á este proyecto, se dijo ser Roda. Murió este el 30 de Agosto de 1782: y en 41 de Noviembre del mismo año escribía la duquesa de Villahermosa al duque su marido lo que sigue:

«Corre por Madrid que los desterrados vuelven para que no vaya tanto dinero fuera, y que esto es golpe del conde de Floridablanca. Me parece muy acertado, sea de quien fuere; y extraño que hayan aguardado quince años para caer en la cuenta. Dicen que Roda lo estorbaba. Si se verificase, tendré particular complacencia en vivir con mi tío y con su amigo; y les ofrezco cuarto en casa desde luego, si tú lo apruebas¹.» No tuvo esta satisfaccion la duquesa: y se continuó enviando dinero á Italia.

Finalmente de las traiciones dice el citado autor, que fueron tantas, tan feas y tan enormes, que apenas hubo negocio de monta en el largo tiempo que reinó Carlos III, en que no se hubiesen mezclado traiciones, conocidas por todos los hombres de algun discernimiento. Enumera después algunas de ellas; y al llegar al negocio de la extincion de la Compañía, que, á juicio de amigos y enemigos, fue el más principal de su reinado, dice que en él se pueden contar no ya por docenas, sino por centenares y por millares; y que se derramaron en ellas á manos llenas por todas partes los tesoros del erario.

¹ Archivo de Villahermosa.

CAPÍTULO VIII

Peligro de los ministros de Carlos III. — Astucia con que lo conjuran. — Esperanzas de los jesuítas. — Ardides de los enemigos para frustrarlas. — Los PP. Pignatelli, Idiáquez y López. — Enferma el Padre Nicolás Pignatelli. — Su libertad. — Establécese en Ferrara. — Jura de Carlos IV y la causa de los jesuítas. — Ciérranse de nuevo las puertas de la patria. — Fallecimiento del P. Idiáquez, de D. Vicente Pignatelli y del duque de Villahermosa. — El marqués de Valdezarzana en Bolonia. — El francés abate Maury. — Caída de Floridablanca. — Esperanzas fallidas. — Nuevos temores. — El infante duque de Parma y los jesuítas. — El P. Pignatelli y el P. Carlos Borgo. — El P. José en Nápoles. — Los emigrados franceses en Bolonia. — Caridad del Siervo de Dios con ellos. — La marquesa de Forbin. — Notable mudanza en el porte exterior del P. Pignatelli. — Los jesuítas en el seminario de nobles de Parma.

1789 — 1792

Terribles fueron los apuros de cuantos contribuyeron á engañar de una manera tan villana el sencillo ánimo de Carlos III, al ver posible que á la muerte del monarca se descubriesen á la faz del universo sus inicuas tramas y sus soeces intrigas. Quien más interés mostró en este descubrimiento y revelacion fue la corte de Portugal; pues le constaba de un modo innegable todo el misterio de iniquidad. D. José Seabra de Silva, sucesor de Carvalho en el ministerio, no ocultaba sus ansias por publicar aquel proceso. «Al menor resquicio,» decía, «que se descubra